

# El “cachureo” y las disputas de valor en torno a los microbasurales en Peñalolén, Santiago de Chile

**Matías Alexander Aravena Hinojosa**

Antropólogo Sociocultural por la Pontificia Universidad Católica de Chile, con lugar de trabajo en el Instituto Milenio para la Investigación en Violencia y Democracia (Viodemos), Chile.

E-mail: [mxaravena@uc.cl](mailto:mxaravena@uc.cl)

**Maximiliano André Vergara Corrotea**

Antropólogo Sociocultural por la Pontificia Universidad Católica de Chile, con lugar de trabajo en el Servicio Nacional de Protección Especializada a la Niñez y la Adolescencia (Mejor Niñez), Chile.

E-mail: [mavergara8@gmail.com](mailto:mavergara8@gmail.com)

**Fecha de recepción:** 27/03/2022

**Aceptación final:** 08/07/2022

*El presente trabajo trata sobre los conflictos en torno a los microbasurales urbanos en Peñalolén, Santiago de Chile. Este texto se basa en resultados de un trabajo de campo etnográfico de seis meses realizado en Lo Hermida, una población del sector oriente de Santiago. A partir de los hallazgos se discute cómo la actividad de “cachurear” (recoger objetos en la basura, o “cachureos”, que puedan ser revalorizables) constituye al microbasural como un espacio social desde el cual se crea valor en la ciudad. Esta actividad configura, a su vez, formas de vida urbana y entendimientos intersubjetivos sobre el valor de los desechos, articulando entre sí diferentes regímenes de valor. Estos procesos de valorización contrastan con los discursos por parte de vecinos y autoridades municipales sobre el microbasural, que lo muestran como un problema arraigado en malas prácticas y falta de cuidado. Este caso muestra las disputas sobre lo que es valioso en el espacio urbano, cuestión que se evidencia en las demandas por un espacio urbano limpio y que a veces entra en conflicto con los procesos de valorización propios del cachureo, que se da tanto gracias a determinados valores de uso, valores morales, la relación afectiva con la materialidad y las relaciones comunitarias. Por último, a partir de este caso proponemos el concepto de horizontes de valor en los estudios sobre la producción de valor urbano, entendido como el contexto social, espacial y temporal donde se deben situar los objetos para que estos sean enmarcados como valiosos.*

**Palabras clave:** Microbasural, cachureo, desechos, valor urbano, regímenes de valor, horizontes de valor

## “Cachureo” and the Value Conflicts over Small Urban Dumps in Peñalolén, Santiago de Chile

### Abstract

This work focuses on the conflicts surrounding small garbage dumps in Peñalolén, Santiago de Chile. The text is based on the results of six months of ethnographic fieldwork in Lo Hermida, a *población* in eastern Santiago. The ways in which the activity of *cachurear* constitutes the garbage dump as a social space from which value is created in the city are discussed. This activity shapes, in turn, urban ways of life and intersubjective understandings about the value of waste, articulating different value regimes. These value-making processes contrast with the discourses of neighbors and local authorities pertaining to the garbage dump, as they frame it as a problem rooted in bad practices and a lack of care. This case shows the disputes around what is valuable in urban spaces. This is made evident in the demands around a clean urban space, which in turn clashes with the processes of value-making proper to *cachureo*, which involves use-value, moral values, an affective relationship with materiality, and community relations. Lastly, based on this case we propose the concept of horizons of value for the study of urban value-making, understood as the social, spatial and temporal contexts in which objects must be placed for them to be framed as valuable.

**Keywords:** Small urban dumps, *cachureo*, waste, urban value, regimes of value, horizons of value.

### 1. Introducción

El puesto de Elisa<sup>1</sup> en la “feria de los cachureos”<sup>2</sup> de Lo Hermida [Foto 1, página 2], una población del sector oriente de Santiago, en la comuna de Peñalolén<sup>3</sup>, queda justo enfrente del microbasural, un espacio de la calle en el cual se acumulan y se botan basura y escombros. Por varios meses, cada martes y viernes la visitamos en su puesto, compartimos algo de fruta y conversamos de las cosas que tiene a la venta y sus historias. Es profesora de música en un colegio, pero complementa su ingreso vendiendo cachureos en la feria. Con este nombre ella, como en el resto de Chile, llama a los objetos que han perdido valor para sus antiguos dueños, pero que todavía podrían ser útiles para otras personas o que tienen un cierto valor afectivo. A Elisa le regalan cachureos porque sus antiguos dueños no están dispuestos a desecharlos como basura. En varias ocasiones las conversaciones terminan versando sobre el

---

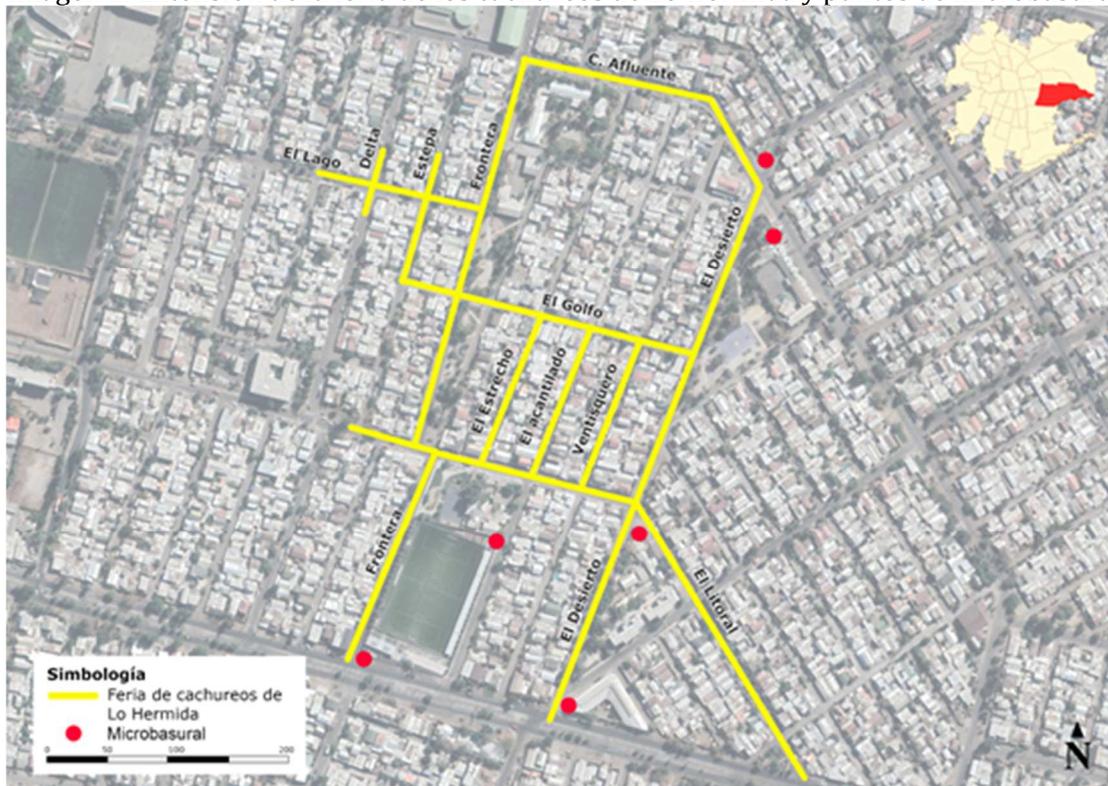
<sup>1</sup> Todas las referencias a nombres y datos personales de los interlocutores de esta investigación fueron modificados para proteger su anonimato y privacidad.

<sup>2</sup> Esta palabra es parte del lenguaje coloquial chileno, frecuentemente usado en el campo en el cual se desarrolló esta investigación. Las siguientes veces se usará la palabra sin comillas.

<sup>3</sup> En la estructura administrativa del estado de Chile las diferentes regiones del país están divididas en Provincias, cada una compuesta por diferentes comunas, que también son conocidos como municipios o municipalidades. Estas últimas son corporaciones autónomas que responden a las diferentes necesidades de la comunidad que habita en ellas. Dentro de algunas comunas se conocen como poblaciones a aquellos sectores, espacialmente delimitados, habitados por sectores populares, comúnmente estigmatizados. Se componen de viviendas provenientes de tomas de terrenos con viviendas autoconstruidas o de viviendas sociales construidas por el estado como soluciones habitacionales.

microbasural al otro lado de la calle. Percibe un cierto descontrol, un aprovechamiento por parte de personas que no son de la población para botar desechos indiscriminadamente. Ese microbasural está lleno de escombros, ropa, desechos orgánicos, entre otras cosas, pero también está repleto de cachureos. Con frecuencia Elisa va a cachurear allí.

Imagen 1: Extensión de la feria de los cachureos de Lo Hermida y puntos de microbasurales



Nota: Extensión aproximada de la feria de los cachureos de lo Hermida, Peñalolén, con indicación de los puntos de microbasurales al 10 de diciembre del 2021, estos no son los únicos puntos de microbasurales, pero sí los que tenían más permanencia al momento de llevar a cabo el trabajo de campo. Fuente: Producción propia.

Cachurear se refiere a la acción de buscar entre la basura, entre los desechos de la calle y los microbasurales, cachureos. Es complejo definir el cachureo.<sup>4</sup> Menard (2016) lo explica como un objeto resucitado, pero también se puede definir el cachureo poniendo de relieve su carácter afectivo: “objeto viejo o abandonado, especialmente el que tiene un valor afectivo por haber pertenecido a alguien querido o por estar asociado a un momento que se recuerda con nostalgia” (Diccionario español de Oxford, s.f., def. 1). Podemos afirmar que el cachureo integra estas dos dimensiones, pero ciertamente estando en un microbasural un cachureo se

<sup>4</sup> De acuerdo con el Diccionario de la Real Academia Española, el cachureo tiene dos acepciones, la primera es: “objeto inútil”; la segunda es: “conjunto variado de objetos desechados”. No hay consenso con respecto a su origen etimológico, pero en la página del Diccionario Etimológico del Castellano en Línea (etimologias.dechile.net), se afirma que de acuerdo con Víctor Domingo Silva, la palabra viene de *cacho*, que en el lenguaje coloquial chileno puede significar cuerno, pedazo de algo, estorbo o problema.

encuentra en el espacio liminal entre ser basura y ser un objeto resucitado. En ciertos contextos la palabra se puede usar para decir que algo es basura, pero en otros casos se puede usar para distinguir objetos útiles y de valor de entre la basura. Para esta investigación tomamos la palabra cachureo tanto en su uso nativo como también como concepto nativo que permite comprender procesos de valorización y de pérdida de valor.

Algunas veces Elisa dejaba cachureos de su puesto en la calle. Esto nos llamaba la atención frente a su actitud crítica con quienes botaban basura en la población. Un día le preguntamos por qué dejaba basura en la calle, ella nos respondió: “no es basura, alguien se lo va a llevar, a alguien le va a servir”. Elisa no hacía referencia al camión municipal de aseo que recoge los desechos después de que la feria acaba, ella estaba hablando de otros “cachureros”.<sup>5</sup>

La feria de cachureos de Lo Hermida es un espacio que ha crecido mucho en los últimos años y hay varios puestos orientados a la ganancia económica, cuestión que, como se verá más adelante, entra en tensión con otros valores que circulan en este contexto. Este nuevo nicho de ganancias ha motivado una búsqueda importante por cachureos en otros sectores de la ciudad y ha impulsado un gran crecimiento de la feria. Para la municipalidad la feria es vista como un espacio de supervivencia, relegada al ámbito de la economía informal, por lo que no la fiscaliza.

Para algunos vecinos la feria se había salido de control y tenía que ser intervenida, pues desbordaba las calles con basura. Julia, por ejemplo, una vecina que me presentó a Elisa a comienzos del trabajo de campo, llevaba años reclamando al municipio por el problema de los microbasurales y el abandono en el que tenían a la población. Ciertamente para algunos vecinos los objetos dejados en las esquinas y en la calle era basura, así también lo era para los funcionarios municipales, sin embargo, para los cachureros, esto podía ser muestra de una solidaridad implícita, una forma de dejar libres a los objetos para que otro los pudiera recuperar.

En este trabajo nos proponemos explorar la transformación de valor que se lleva a cabo por medio del cachureo y relacionarla a la forma en que distintas maneras de crear valor urbano entran en disputa. Nuestro argumento es que ciertas formas de vida urbana propias de contextos populares configuran una relación distinta con los objetos, cuestión que permite poner en tensión diferentes *regímenes de valor* y *horizontes de valor*. El primer concepto refiere a los arreglos y el orden que definen qué es el valor y la jerarquía entre distintos valores, mientras que el segundo hace referencia al contexto social, espacial y temporal en que los objetos se sitúan para poder ser enmarcados como valiosos. Partiendo de un acercamiento fenomenológico a los desechos y una teoría antropológica del valor, como es expuesta por Graeber (2001), exploramos cómo el microbasural se constituye como un campo de disputa en el cual determinado valor es producido, un ensamblaje complejo de materiales y temporalidades que tensiona, a partir de los pobladores que recogen y venden cachureos, la planificación urbana, la gestión del aseo y el cuidado de la infraestructura urbana.

---

<sup>5</sup> Esta palabra deriva de *cachureo* y del verbo *cachurear*, remite tanto a una persona que acumula cachureos como también a personas que rebuscan en la basura cachureos.

Los hechos que presentamos provienen de un trabajo de campo etnográfico de 6 meses realizado en la comuna de Peñalolén. Una primera etapa la llevó a cabo el primer autor en enero y febrero del 2021, haciendo una pasantía de investigación sobre los microbasurales urbanos en conjunto con la municipalidad de Peñalolén. Durante este periodo el primer autor llevó a cabo 6 entrevistas semiestructuradas con diferentes actores claves de la población y el municipio, tales como dirigentes vecinales y funcionarios municipales relacionados a la limpieza y prevención de microbasurales.

Una segunda etapa fue realizada en conjunto por los dos autores, entre los meses de agosto y noviembre del mismo año, haciendo trabajo de campo para nuestra tesis de pregrado sobre la distinción formal-informal en el trabajo con desechos, específicamente el cachureo y el reciclaje. Durante este período hicimos varias jornadas de observación participante en dos puestos de venta de cachureos en la feria de los cachureos; hicimos también tres acompañamientos a cachureros que recogen cachureos en calles de barrios más pudientes. Además, nosotros mismos nos involucramos en el trabajo del cachureo, recogiendo objetos de los microbasurales y los desechos de la feria.

El artículo está segmentado en cuatro partes. Primero, describimos la liminalidad del valor presente en la basura y el concepto de regímenes de valor. Segundo, caracterizamos brevemente el contexto social en el cual se llevó a cabo la investigación y discutimos los discursos que circulan en torno a los microbasurales, en particular desde funcionarios municipales y los mismos vecinos. Tercero, describimos la visión alternativa que existe de los microbasurales desde los pobladores que trabajan en la venta de cachureos. A partir de estos discursos y formas de hacer sentido del lugar de los desechos en el espacio urbano pasamos a argumentar la manera en la cual los microbasurales son un ensamblaje ocupado, en el que se encuentran múltiples formas de vida urbana con sus propios horizontes de valor. Cuarto, concluimos reflexionando sobre las posibilidades de integrar estos horizontes de valor en formas de convivencia urbana que permitan realizar los diversos valores potenciales presentes en la ciudad.

## **2. La liminalidad del valor y las transformaciones de valor en los desechos**

De acuerdo con Martínez (2017), el desecho constituye un espacio liminal del valor, pues inevitablemente conlleva transformaciones de valor que se estructuran dentro de universos simbólicos particulares. Esto involucra una serie de distinciones, donde el desecho y los sujetos vinculados a él ocupan el lugar de lo ineficiente, lo superfluo, aquello que no vale y lo informal.

Estos ordenamientos simbólicos están íntimamente ligados a lo que Gille (2012) llama los “regímenes de desechos”, que son las representaciones, prácticas y políticas del desecho que constituyen la relación que una sociedad tiene con la ganancia, entendida en sentido amplio. Lo anterior significa que lo que constituye a algo como un desecho no es una característica que se pueda definir a priori, si no que se abre a la existencia gracias a significaciones sociales ancladas en tradiciones de formas de relacionarnos como sociedad con los desechos.

Siguiendo a Martínez (2017), el propósito de este artículo es profundizar en la relación con los desechos más allá de las clasificaciones simbólicas y situando la

relación con el desecho en el contexto de la vida cotidiana. Podemos reconocer lo anterior en trabajos etnográficos que dan cuenta de cómo a partir del desecho no solamente se llevan a cabo negociaciones entre formas de vida disímiles, sino que integra varias más dimensiones. Los trabajos de Alexander y O'Hare (2020) y O'Hare (2020), por ejemplo, nos invitan a explorar las tecnologías, discursos y epistemologías que permiten significar, conocer o desconocer, hacer aparecer u ocultar a los desechos como tal. Estos trabajos también consideran el vínculo entre estos procesos, la forma que los recicladores tienen para imaginar su trabajo, su relación con la distinción formal-informal y con los residuos. Por su parte, Millar (2018) muestra en su obra que el trabajo de los *catadores* en el mega basural Jardim Gramacho en Río de Janeiro, en tanto experiencia ontológica, está marcado por ritmos y sensorialidades que moldean la subjetividad. Perelman (2010), por su parte, explica que en el contexto del *cirujeo* en Buenos Aires la experiencia subjetiva de la desigualdad en los recorridos urbanos de los cirujas contribuía a estructurar la actividad. En una línea parecida, Jaramillo (2020) argumenta que el trabajo con desechos mineros en el pueblo de Marmato en Colombia conlleva relaciones con los desechos no-humanos que constituyen prácticas de construcción de futuro, involucrando afectos temporales, ritmos y duraciones.

El valor, como varios trabajos lo demuestran, solamente en parte proviene de un deseo individual y no exclusivamente de un cálculo racional subjetivo del deseo (Corvellec y Hultman, 2014; Frow, 1995; Graeber, 2001; Boltanski y Thévenot, 2006). En cambio, proviene primeramente de una relación entre la acción y el público que es audiencia de esa acción. Para Graeber (2001), el valor es la forma en la cual una acción humana se vuelve significativa dentro de una totalidad social mayor, sea esta real o imaginada. A partir de este acercamiento se vuelve inevitable la pregunta por las formas en las cuales se jerarquiza el valor y los valores, también sobre las reglas que definen el valor. De acuerdo con Graeber el valor es jerarquizable, pero no siempre es conmensurable, y diferentes formas de valor, por ejemplo, moral, comunitario o económico, son inconmensurables entre sí. Luc Boltanski y Laurent Thévenot (2006), por su lado, hablan de los órdenes de justificación, que también pueden ser comprendidos como órdenes de valor. Para estos autores el valor es inseparable de lo que es considerado una conducta socialmente aceptable. En este sentido, y parecido a lo que argumenta Graeber, los sujetos recurren constantemente a conjuntos de normas y valores coherentes que permiten construir expectativas recíprocas fiables, que permitan evaluar la acción propia y ajena, al mismo tiempo que las hacen comparables. Boltanski y Thévenot identifican 6 órdenes de valor, pero que no son excluyentes entre sí, sino que los actores y organizaciones recurren contextualmente a diferentes órdenes que se cruzan y se negocian.

El primero en hablar de regímenes de valor fue Arjun Appadurai (1991), para quien el concepto se refiere a las regulaciones que limitan o permiten el intercambio. Otros autores lo entienden como un orden político, moral y cultural que define el valor (Corvellec y Hultman, 2014; Frow, 1995; Perelman, 2020). De otra manera podríamos entender un régimen de valor, desde la perspectiva de los órdenes de valor, como el conjunto de normas y valores que definen un marco evaluativo que justifica la acción y la vuelve significativa. Graeber (2001), en su libro, menciona solamente una vez la palabra regímenes de valor, y la entiende como "dominios del

valor” (p. 106). Sin embargo, desde su misma teoría se puede complejizar mucho más lo que entendemos por regímenes de valor. Para Graeber las diferentes formas de valor tienen sus propios medios materiales y son inconmensurables entre sí, pero sí son comparables una vez que se sitúan en una totalidad social mayor que las abarque. En este trabajo se parte de la idea de que los regímenes de valor son las reglas y negociaciones que buscan definir el valor, las normas y regulaciones que guían la disputa sobre lo que constituye el valor (Aravena y Vergara, 2022). Un régimen de valor, en sentido amplio, sería entonces un orden político-moral en el que se define el valor y la jerarquía entre diferentes tipos de valor. Esto no significa que en el concepto de régimen de valor la dimensión normativa sea preponderante frente a la interactiva y pragmática. La teoría del valor de Graeber, de la cual este trabajo se nutre, reconoce que lo más importante al momento de definir el valor es la relación de un actor con la totalidad social que es el público de su acción, cuestión que implica tomar en cuenta siempre el contexto situado en el cual se lleva a cabo la acción y sus correspondientes procesos evaluativos.

En la basura se lleva a cabo una transformación de valor porque el desecho vendría a estar definido primeramente por el contexto cultural y material en el que se sitúan diferentes objetos (Thomson, 2017). Para Thompson hay objetos que con el tiempo ganan valor, mientras que otros lo pierden, y esto viene de la mano con el sentido que se le otorga a los diferentes objetos en su contexto. Lo que es o no un desecho es inseparable de la forma en la cual pensamos y sentimos el valor en determinados contextos y situaciones (referencia omitida).

En el cachureo se llevan a cabo diversas operaciones y acciones destinadas a cambiar los objetos de contexto, y como se mostrará más adelante, esto depende de introducir a estos objetos en nuevos regímenes de valor. Una vez que esto se lleva a cabo, y un objeto pasa de la basura de una casa a un microbasural, del microbasural a la feria, y de la feria de nuevo a otro espacio doméstico, los objetos se vuelven a situar en nuevos horizontes de valor relevantes para los sujetos. A continuación, mostramos los diferentes discursos que circulan en torno al microbasural y la relación que tienen con formas de valor urbano específicos, particularmente lo que los vecinos expresan como el deseo de una vida tranquila y segura.

### 3. El “problema cultural” de los microbasurales en Peñalolén

La primera vez que llegamos a Peñalolén a estudiar los microbasurales fue por petición de la municipalidad de esta comuna, con una población diversa en términos socioeconómicos y de relativamente reciente urbanización. Según datos de la encuesta CASEN 2017, la tasa de pobreza multidimensional de Peñalolén es del 26,28%, mientras que el mismo indicador para la Región Metropolitana de Santiago es del 20%. En cierto sentido representa las transformaciones urbanas neoliberales recientes llevadas a cabo en Chile (cf. Pérez, 2018), combina historias de lucha territorial popular por la vivienda con grandes proyectos inmobiliarios destinados a familias de clase media y media alta. La llegada reciente de población de sectores más acomodados ha llevado a cabo transformaciones espaciales que profundizan la segregación y la fragmentación socioespacial urbana (Krellenberg et al., 2011). En este sentido, conviven poblaciones y viviendas sociales formadas durante la década de los setenta y los ochenta con nuevos condominios cerrados, escuelas, supermercados y centros comerciales destinados a la nueva población entrante.

Usualmente las personas de Lo Hermida hacen la separación de “Tobalaba para arriba y Tobalaba para abajo”. Tobalaba es una calle grande que atraviesa la comuna y la divide entre un sector, el de arriba, que es visto como “cuico”, es decir pudiente, y la parte de abajo, donde están las poblaciones, frecuentemente estigmatizadas, donde nuestros interlocutores perciben un gran abandono del Estado.

La población de Lo Hermida, como nos contó una antigua pobladora, surgió de las tomas de terreno llevadas a cabo en las inmediaciones de la antigua hacienda de Lo Hermida durante los inicios de la década de los setenta. Estas tomas fueron organizadas por los llamados “comités de inestables”, compuestos por personas sin vivienda (Schwend et al., 2019). Luego, parte de la hacienda fue entregada para construir viviendas sociales en esa zona. Así comenzó a llegar gente de muchos otros campamentos de Santiago que fueron desalojados y desplazados por la dictadura de Augusto Pinochet entre los setenta y los ochenta, organizados a partir de comités de allegados (Schwend et al., 2019). A su vez, la comuna está cercana a comunas más pudientes, como La Reina y Las Condes, lugares donde personas de la población hacen sus rutas de cachureo con frecuencia.

Cuando nos reunimos con el encargado de aseo del municipio, nos explicó que Lo Hermida era considerado el sector más crítico en términos de los microbasurales. Su avenida principal, El Valle, alberga varios microbasurales en sus esquinas, y el más grande que pudimos ver en la comuna, el que queda al otro lado de la calle donde trabaja Elisa en la Feria, y donde vive Julia. El trabajo de campo del primer autor comenzó haciendo observación directa del microbasural en varios horarios, a veces llegaban camionetas de otras comunas, otras veces eran vecinos que iban a dejar cosas. En un primer momento el abordaje fue hacer entrevistas con los vecinos que vivían cercanos al microbasural y entender los conflictos en torno a su presencia y su relación con el municipio. Así, luego se realizaron entrevistas y acompañamientos a diferentes funcionarios municipales involucrados en el trabajo de eliminación de los microbasurales, en particular a un funcionario encargado de la fiscalización de la bota de escombros y residuos sólidos y un funcionario encargado de fiscalizar a la empresa contratada para la limpieza de los microbasurales. También se hizo un metálogo (véase Urquiza et al., 2018) para que los mismos vecinos y funcionarios reflexionaran colectivamente sobre las causas de los microbasurales. Ahí había una especie de consenso colectivo en cuanto a las causas del microbasural: los “problemas de cultura” de los vecinos.

Muchos funcionarios y vecinos no dudaban en atribuir la presencia de microbasurales a una cultura “sucía” de los vecinos, su falta de compromiso con el cuidado del espacio público y su propio individualismo. Incluso la alcaldesa en una ocasión nos comentó que el propósito del trabajo del primer autor era buscar una forma de “eliminar los malos hábitos de los vecinos de botar basura en la calle”. Por ejemplo, en un acompañamiento realizado a un funcionario municipal encargado de fiscalizar a los vecinos para evitar que botaran basura, se abordó con preponderancia el asunto. Mario, del departamento de inspección del municipio, atribuía el problema de los microbasurales a la falta de conocimiento de los vecinos, su “falta de mundo”, de no conocer otros contextos y situaciones que les enseñaran a ser más limpios. Así, la fiscalización no se llevaba a cabo *in situ* en el microbasural, sino que consistía en recorrer la población para encontrar vecinos que estuvieran haciendo arreglos en sus casas y que tuvieran escombros. Una vez encontrados, los

vecinos eran preguntados si es que ya habían contratado el servicio de retiro de escombros del municipio. Para Mario esto era hacer “labor educativa” entre los vecinos, enseñarles a disponer de manera correcta de sus desechos. La fiscalización se llevaba a cabo de esa forma no porque los escombros fueran el problema principal, sino porque para el municipio esta era una forma eficaz de educar a los vecinos en la correcta disposición de sus desechos.

Asimismo, otros funcionarios municipales hacían sentido de los microbasurales a partir de una falta de responsabilidad ciudadana, expresada en su negación a hacer denuncias de los vecinos que botan basura en los microbasurales. Para Mariana, una gestora comunitaria de la municipalidad, el problema se debía a que varios vecinos tenían negocios de retiro de escombros y de cachureos – en este sentido de la palabra, entendido más como objeto en desuso y más cercano al desecho que a objetos recuperables y revalorizables – y que luego el resto de los vecinos los escondían, siendo cómplices de estas malas prácticas. Para los vecinos, en cambio, denunciar sería ser un “sapo”, es decir un soplón, y todos querían evitar problemas con sus vecinos. Para ellos el problema principal era el abandono del municipio, que no se preocupaba de limpiar adecuadamente la comuna. Para Julia, que vivía frente al microbasural, y para Gloria también, la presidenta de la junta vecinal, esto tenía que ver con que el municipio privilegiaba limpiar y cuidar la infraestructura de lugares más pudientes de la comuna, dejando de lado a Lo Hermida. Para Julia el microbasural además era provocado debido a que, por la feria, el camión de la basura pasaba solamente una vez a la semana, obligando a varios vecinos a botar su basura doméstica en el microbasural.

Para Julia y otros vecinos el microbasural hacía emerger varios problemas y riesgos. Primero que nada, los vecinos percibían un riesgo sanitario, pues cuando se acumulaban desechos orgánicos el microbasural emitía un mal olor y constituía un riesgo a la salud debido a infecciones y enfermedades. Estos problemas eran expuestos por los vecinos en el consejo de salud del consultorio de Lo Hermida, pero la respuesta del consultorio era que ese problema era responsabilidad del municipio y no de ellos. Por otro lado, era un estigma para los vecinos. Claudia, otra vecina que vivía en la misma calle del microbasural nos dijo: “me da vergüenza cuando mis jefes me vienen a dejar, o cuando quiero invitar amigos, no quiero que vean que vivo en la basura”. Julia también sentía vergüenza y encontraba “una burla” que el microbasural llevara ahí años sin cambiar ni desaparecer, ni siquiera disminuir.<sup>6</sup> Un día nos dijo: “si hubieran querido hacer algo para desaparecer el microbasural ya lo habrían hecho, el problema es que como está en Lo Hermida, no les importa [al municipio]”. Por otro lado, todos los días pasa un camión a recoger los escombros y los desechos, y esto es molesto por el ruido, especialmente en las mañanas. El microbasural había entrado a ser parte del paisaje urbano y del territorio, entretejiéndose con la vida y los ritmos cotidianos, las autopercepciones de los vecinos y su propia relación conflictiva con el municipio.

Para algunos vecinos el microbasural llamaba a la prostitución y a la venta de drogas, el crimen y la suciedad. En este sentido el microbasural era parte de un

---

<sup>6</sup> Actualmente el microbasural está siendo intervenido gracias a la colaboración entre el municipio, los vecinos y Puentes UC (la institución de la Pontificia Universidad Católica de Chile que gestionó la pasantía de investigación del primer autor). Se está arreglando la calle y se pintará un mural por parte de los vecinos.

orden simbólico que jerarquizaba a los objetos y sujetos bajo categorías de pureza e impureza, con sus respectivos peligros y potencialidades (Douglas, 1973). Esto se extendía a la feria también, que en tanto espacio informal se podía significar a través del desorden y el descontrol. Como varios autores muestran, las ferias en Latinoamérica suelen estar asociadas a la informalidad, y esta última categoría como aquello que no se pueden contar, medir, y en relación a preocupaciones por la seguridad (Gandolfo, 2013; Goldstein, 2016).

En este sentido, el microbasural también era un objeto simbólico orbitado por diferentes actores y situaciones, marcados por la inseguridad, el descontrol y el peligro, que no solamente depreciaban el valor económico de las viviendas, sino que también la dignidad de los mismos vecinos. El esfuerzo, trabajo y lucha que por años habían puesto en construir una población digna, limpia y bonita, se habían visto truncados por la presencia del microbasural. En este caso el microbasural representa un valor negativo, opuesto a los deseos de los vecinos, y no permite otorgar valor a las diferentes acciones de los vecinos que luchan por su territorio. Podríamos decir que el valor de una vida digna en la población está sujeta a condiciones políticas y materiales para su realización, donde el microbasural termina siendo una fuente de conflicto y de problemas. Levanta no solamente sospechas hacia los vecinos y pone en duda su valor como habitantes responsables de la ciudad, sino que también lleva a no reconocer el valor del trabajo de la municipalidad de cuidar el espacio público y la infraestructura urbana.

En términos del régimen de valor podemos decir que el valor de una vida urbana digna se encuentra entrelazado a las acciones del estado en torno al cuidado del espacio público. La jerarquía del valor de estas acciones viene a estar definido por las reglas y regulaciones sociales que gobiernan la relación con los desechos. En este sentido, la basura adquiere valor como basura por su ausencia, y está subordinado a lograr una vida digna en la ciudad. Una vez que la basura se hace presente y patente en la población, se destruyen las bases materiales y sociales que son las condiciones de realización de otras formas de valor en la ciudad, como por ejemplo de la responsabilidad ciudadana de los vecinos. En lo que sigue se explora la visión alternativa que existe en la población sobre los microbasurales, la que tienen los cachureros. A partir de aquí argumentamos que existe un régimen de valor diferente, el de la feria de los cachureos de Lo Hermida, que contiene otra forma de relacionarse con los desechos.

#### **4. El mercado de los cachureos**

La feria no tiene un término oficial: los puestos se desmontan entre las 13 y las 14 hrs. Mientras eso ocurre, el paisaje urbano cambia radicalmente. En unas cuantas horas se van los puestos, quedan las cosas y aparece el cachureo, que pueden ser tanto objetos abandonados y difícilmente valorizables, como también objetos potencialmente recuperables para uno mismo o puestos a la venta en la feria. Todo se llena de basura, la hay en todas las calles, acumulada o dispersada, tirada en la vereda mientras los niños juegan. Los vecinos conversan, gente camina y se juntan grupos de amigos en la calle para tomar cerveza o vino. La calle, llena de basura cuando acaba la feria, al contrario de lo que se podría pensar, es un espacio lleno de vida, cargado profundamente de interacciones sociales. El martes en la tarde,

mientras los trabajadores del municipio juntan la basura, los restos de la feria, la ropa, los electrodomésticos viejos, decoraciones, CD's, cassettes, cajas, juguetes y muchas otras cosas, los niños juegan en la calle, recogen un juguete, reinventan un adorno de plumavit como una pelota. Al mismo tiempo, se detiene un auto junto a nosotros, se bajan unos niños con su abuela y comienzan a buscar juguetes para su casita de muñecas. Mientras tanto, una pareja tomando sol y cerveza cruzan la calle para ver un televisor, y el hombre le dice a la mujer: "mira amor, ¿te acuerdas de cuando teníamos de estos televisores de madera?". Al lado de ellos hay una pareja con un triciclo que carga chatarra acumulada en el borde del parque que está a un costado de la calle Frontera, por donde pasa una parte de la gran feria de los cachureos de Lo Hermida. Pronto esta misma pareja irá a descargar su triciclo a la bodega de reciclaje que está a la vuelta en esa misma cuadra, por donde también pasa la feria. En la bodega llegan muchos recicladores, con cartón, latas y chatarra, descargan y cargan, pesan y cuentan, cantan y esperan. Frente a la bodega los amigos de la tarde se sientan para tomar cerveza, mientras conversan de todo lo que se les ocurra.

"Si vas a cachurear, hazlo rápido, que el camión ya viene", así nos dijo una trabajadora de limpieza del municipio mientras junta la basura a un costado de la calle con una escoba grande de madera, especial para barrer hacia afuera. Solo en un par de horas la basura se esparce, se acumula, se recupera y se vende, todo en el mismo sitio, todo en la misma calle, y solo en un rato. Desaparece, a medida que avanza el camión y los trabajadores de limpieza municipales. Reaparece, dos días después, el viernes, cuando la feria se vuelve a montar desde las 6 am. En esa feria y en sus distintos momentos se cruzan muchos actores económicos, vecinos con sus puestos, cachureros que van a buscar a otras comunas más pudientes, compradores, coleccionistas de otras comunas, vendedores de anticuarios, recicladores de cartón, chatarra o latas. La feria condensa rutas, historias, trabajos, relaciones, sueños y aspiraciones, gustos, afectos y experiencias en un mismo espacio físico, pero también los expande y los excede. Hace que distintos momentos, espacios, objetos, personas, deseos y dinero se encuentren.

Es importante notar que, en el contexto de la feria, al contrario de lo que ocurre en espacios más cercanos al municipio y al estado, se distingue entre la actividad de reciclar y cachurear. Reciclar en ese espacio significa la actividad de recuperar objetos revalorizables para ser usados o vendidos en la feria, mientras que el reciclaje refiere más bien a la actividad de recolectar material reciclable de la calle y los desechos, tales como latas de aluminio, chatarra, cartón o plástico. Berta, a quien acompañamos a cachurear en una ocasión, cuando le preguntamos si podíamos acompañarla en su trabajo de reciclaje, nos respondió: "yo no soy recicladora, yo soy cachurera". De la misma forma, Carlos, otro cachurero que acompañamos en su ruta, recibía material reciclable de algunos vecinos, sin embargo, él mismo reconocía que no era reciclador, pues recibía ese material por el cachureo que podía venir con él más que por que se dedicara al reciclaje. Para sí mismo, él no era reciclador, sino cachurero. En cambio, para la municipalidad, ambas actividades son agrupadas bajo el término "reciclaje de base", y tanto recicladores como cachureros son clasificados bajo la ética "recicladores de base", pasando por encima los diferentes valores, materialidades y circuitos de relaciones económicas en juego.

Los cachureos se venden en la feria de los cachureos que se pone los días martes, viernes y domingos en varias calles dentro de la población de Lo Hermida. En su mayoría va gente de la población, pero también concurren coleccionistas de antigüedades, revendedores y jóvenes de otros sectores de la ciudad buscando ropa estilo *vintage*. La feria no solamente vende cachureos, también hay unos pocos puestos de frutas y verduras, además de otros especializados, como por ejemplo de telas, cristalería o artículos de ferretería. Sin embargo, lo principal es el cachureo. En la feria hicimos observación participante de dos puestos, el de Elisa y el de Marisol, ambos de cachureos y de ropa, pero también con libros antiguos o incluso muebles cuando los hubiese.

Hay varias formas de proveerse de cachureos. Primero están las rutas de cachureo, que son caminos más o menos establecidos que tienen los cachureros y en los que van buscando entre la basura de las casas de sectores más pudientes artículos que puedan ser de valor. Paola Jirón et al. (2020) han estudiado estas rutas como formas de inteligencia urbana situada, un conocimiento incorporado de los cachureros de los ritmos y flujos urbanos, como también de las relaciones que se dan entre cachureros y los vecinos de esos sectores. Luego están los regalos, que usualmente llegan de familiares, amigos y personas de los contextos laborales en los que trabajan los feriantes en otros sectores de la ciudad. Es importante notar que no cualquier cosa califica para ser un cachureo, primero que nada, debe ser un objeto recuperable, que tenga todavía potencial para poder realizarse un valor en él, ya sea económico o de otro tipo. Por último, está el cachureo en los desechos de la misma feria y en los microbasurales, en los que nosotros mismos cachureamos en ocasiones. Cuando se habla de cachureos en el contexto de la feria, la palabra no remite a un objeto de casi nada de valor, sino a objetos potencialmente revalorizables, ya sea por la nostalgia que despiertan, el valor de uso que se le puede dar o ciertas relaciones de intercambio de dones que puede sustentar.

Una vez que los cachureos son rescatados de la basura o llegan por medio de regalos, se ponen en el puesto. El puesto de cachureos en la feria es un espacio en el que se dan interacciones entre la comunidad de la población, donde se reproducen las relaciones comunitarias y de solidaridad que sostienen vínculos de largo aliento entre los vecinos. En ese contexto se dan varias relaciones económicas que no pueden ser explicadas solamente en términos económicos, sino al contrario, hay que recurrir a otras formas de valor para hacer sentido de los intercambios. Los cachureos se pueden regalar entre puestos, a los vecinos o personas necesitadas. Se reconocen varias formas de valor que están en juego y donde los cachureos son los medios materiales del valor. En la negociación del precio se ponen en juego relaciones personales y con la comunidad en las que hay que balancear la ganancia con demostrar que uno tiene las cualidades morales para ser un buen vecino, amigo o pariente.

Marisol trabaja como auxiliar de aseo en la Facultad de Economía de la Universidad de Chile y gestiona su puesto junto a su hermana Gladys, aunque originalmente pertenecía a su hermano Ricardo. En su puesto casi todo llega a partir de regalos, de personas de su trabajo y otros vecinos. Por esa misma razón, Marisol afirma que no puede cobrar tanto por las cosas: “cómo voy a estar cobrando tanto por las cosas, si ya son regaladas”. Sin embargo, este no es necesariamente el caso. Berta, una cachurera de ruta con quien hicimos un acompañamiento, creía que los vecinos

muchas veces pedían demasiadas rebajas y que no reconocían el valor de su trabajo. Ella hace su ruta varias veces a la semana en un triciclo de carga delantera en un camino que suele ser empujado y extenuante. Así, las diferentes formas de proveerse de cachureos van configurando diferentes relaciones con los objetos que definen el sentido que los sujetos le atribuyen.

En el caso de la feria y los cachureos que en ella circulan podemos reconocer un valor moral que está expresado en el respeto hacia la necesidad ajena, que da cuenta de aquello que es significativo en las vidas de estas personas, y como tal, también aquello hacia lo que orientan sus acciones (Graeber, 2001). Marisol una vez le regaló unos paquetes de leche en polvo a una mujer migrante con un niño que no tenía para pagar. La mujer se puso a llorar y le agradeció en sobremanera en un idioma que no era español. También hay un valor comunitario que se encuentra en rebajar los precios a vecinos cercanos y donar cosas cuando hay alguien en necesidad que requiere de la comunidad. Cuando hay alguien enfermo de gravedad los feriantes separan dinero de sus ganancias para hacer donaciones, o donan de sus mismos cachureos para hacer rifas y bingos. Al mismo tiempo los cachureos cobran un valor afectivo en ocasiones, pues suelen ser cosas antiguas que remiten a contextos íntimos pasados. En la feria muchas historias se encuentran por medio de los cachureos, y las historias se van agregando a los objetos. Por ejemplo, una vez en el puesto de Elisa ella tenía unas ollas antiguas de acero, una compradora preguntó por ellas y mostró mucho interés, esto se debía a que esas ollas eran similares a las que tenía su mamá y que le había heredado, pero que ya estaban malas. Elisa conocía bien la historia de esas ollas y a quién les había pertenecido, con ciertas cosas ella tenía la preocupación de que quedaran en buenas manos. A partir de lo anterior podemos reconocer que ante la diversidad de relaciones económicas presentes en la feria esta se perfila como un espacio que constituye su propio régimen de valor donde hay varios valores en juego.

Elisa, como mencioné antes, también cachureaba en el microbasural, varias veces fuimos juntos a ver qué encontrábamos y algunas veces intercambiamos cachureos del microbasural. Tanto ella como Marisol dejaban a veces ropa u otros cachureos en la calle para que otras personas pudieran sacarle valor a esos objetos. Marisol dejaba la ropa en una bolsa porque sabía que, en la tarde, cuando la feria acababa, pasaban mujeres migrantes recogiendo la ropa para venderla, hacer fardos o usarla.

Al mismo tiempo existen relaciones de envidia en la feria motivadas por la ganancia económica. Elisa nos contaba que algunas personas cortan la ropa que se puede vender cara y que algún feriante no pudo vender en varias semanas para evitar que otro las venda. También pasa que una persona puede dejar un zapato un día, y la semana siguiente otro. La relación entre ganancia y desecho es bastante compleja, pues crear un desecho puede ser una forma de limitar la ganancia ajena. Pero también es cierto que el valor moral, comunitario y afectivo le ponen límites a la ganancia económica en favor de otros tipos de ganancia, como puede ser mantener una buena relación de amistad con algún vecino. Estos otros valores emergen de las diversas relaciones económicas que se dan entre las redes de cuidado de la comunidad, la circulación de regalos y la reproducción de relaciones vecinales y de amistad de largo aliento a través de la feria.

Estas relaciones económicas alternativas a aquellas que son consideradas como “transacciones formales” reconocidas por el estado no necesariamente implican

buenas relaciones. En tanto la feria también se constituye como un espacio de inversión y de ganancia, de experimentación y formas innovadoras de cálculo (Gago, 2015), se crean también antivalores o valores negativos (Graeber, 2001; Elyachar, 2006), que anulan las condiciones para la producción de un cierto valor, como puede ser el valor moral o comunitario. En el caso que revisamos de la envidia, el crear basura a partir de un cachureo que se podía valorizar puede ser entendido como una forma de producir estos antivalores, disputando aquello que es significativo para los vecinos en su vida cotidiana, como pueden ser la solidaridad y las relaciones de amistad. En este sentido el cachureo puede movilizar tanto acciones de solidaridad como también deseos de ganancia individual y ascenso, que son percibidos como contrarios a lo anterior.

Para muchos feriantes, que residen en la misma población, los microbasurales son un problema, pero también son un lugar para recuperar cachureos, resucitar objetos que de otra forma hubieran sido desechos. Elisa sabía bien que mucha de la basura del microbasural no provenía de la población, pues eran cosas que venían de comunas pudientes. La diferencia estaba en que allá iban a limpiar la basura de la calle, y no en la población, o por lo menos no con las mismas energías.

Hay una expresión que es común en Chile y en la feria, que es decir que “algo está botado”. Esto no significa que hay una cosa en el suelo que sea basura, significa que algo de valor está a bajo precio, pero también es una forma de expresar la alegría de haber encontrado algo de valor en los desechos mientras uno cachurea. El cachureo como actividad involucra un barrido perceptivo del desecho para identificar potenciales cosas de valor, hay que saber distinguir entre las bolsas y los colores, las texturas y el brillo de las cosas. Ana, una cachurera de ruta que acompañamos podía reconocer bolsas con objetos de valor solo mirando la forma de la bolsa. En este sentido no es que no haya basura en el microbasural, es que hay que saber distinguir entre lo recuperable y lo no recuperable.

Un día en un microbasural cachureando conocimos a María, la habíamos visto antes pero nunca habíamos conversado. Ese día la vi quitando los botones de unas chaquetas y dijo con un tono melancólico: “es una pena, pero bueno, si no se va a ir a la basura”. Le pregunté por qué le daba pena, ella respondió que le podría servir a otra persona, pero que era tarde y que el camión iba a pasar. Ella usaba los botones para arreglar la ropa de sus nietos, a veces también encontraba ropa y se la guardaba a su hija. María no vendía en la feria, solo compraba, pero también recuperaba cachureos y ropa de microbasurales y desechos de la feria. Aquello que es recuperable no es en primera instancia recuperable para uno, sino para otros, uno siempre tiene en mente a los otros al momento de cachurear, como una presencia latente de la totalidad social incrustada en el cachureo. Esto aplica tanto cuando uno cachurea para uno mismo o conocidos, como también cuando lo hace en vista de vender los objetos en la feria. Uno debe pensar a quién le podría servir, a quién se lo podría vender, a quién uno le podría regalar tal cosa, es decir, implica también un recorrido imaginario a través de las redes de relaciones sociales que constituyen el espacio de la feria y de la población, y primero que nada de las propias relaciones sociales significativas para los actores de la feria.

En este sentido el acto de cachurear recupera objetos una vez que uno encuentra un espacio dentro de sus relaciones sociales en el cual ese objeto puede volverse

significativo. El cachureo puede volver significativa a una relación, pero este también puede volverse significativo gracias a una relación. En este sentido es esencial crear y producir un escenario en el cual las cosas se puedan valorar, en el cual pueda realizarse el valor. Podemos ver que formas de vida involucradas en la recuperación de desechos producen un espacio de devenir en el que se reproducen relaciones sociales en las cuales estos objetos se enmarcan como valiosos (Samson, 2015). Este espacio de devenir en el que se transforma el desecho en cachureo es un horizonte de valor, tomando el concepto de la fenomenología para dar cuenta de cómo los actores sitúan a los objetos en la historicidad de las relaciones sociales y en el espacio por medio del sentido intersubjetivo (Lyotard, 1973).

En el caso del cachureo es imposible pensar en un régimen de valor estable, pues lo que constituye el valor en cada caso depende de la situación, las relaciones sociales y los significados en juego. Siguiendo a Perelman (2020) podemos reconocer que los regímenes de valor son dominios que se cruzan constantemente y se contradicen. Un mismo cachureo puede ser un medio de valor moral, afectivo, comunitario y afectivo al mismo tiempo, pero una vez que los actores logran situar su acción en una totalidad social, estos valores se pueden volver comparables, aunque no conmensurables entre sí. Podemos también dar cuenta de la forma en la cual, los objetos, en tanto medios materiales del valor (Graeber, 2001), son formas de negociar y disputar aquello que puede ser valioso en términos vitales para los actores sociales, como se puede ver en el caso de la anulación de un potencial valor en un cachureo, cuando, motivado por la envidia, un objeto es destruido. También podemos rescatar es la manera en la cual el microbasural no es solamente un punto final, sino un ensamblaje (Millar, 2018) en el que se cruzan diferentes historicidades, relaciones sociales e historias de producción. Por medio del cachureo podemos pensar el microbasural no como un cementerio de mercancías, sino, en tanto está relacionado con la feria, como un espacio transformativo en el que los objetos y las relaciones sociales se dan vida mutuamente.

## 5. Hacia una fenomenología del desecho y el valor

A través del cachureo y de la actividad de cachurear se puede ver la ambivalencia presente en los microbasurales. Mientras que para los vecinos y el estado el microbasural es un problema que le quita dignidad y valor a formas de vida urbana que buscan una vida tranquila y un barrio limpio, para muchos cachureros es un lugar de recuperación que da cuenta de relaciones de afinidad, solidaridad, envidia, deseos de ganancia, cuidado y comunidad. A lo largo de este trabajo hemos buscado argumentar que diferentes formas de vida urbana conllevan relaciones distintas con el desecho y el valor que se le atribuye dentro del espacio urbano. Estas relaciones con el desecho dan cuenta de las disputas sobre lo que constituyen formas de vida legítimas en la ciudad. Estas disputas conllevan negociaciones sobre el lugar de los desechos y el valor que tienen, ya sea por medio de su ausencia o por su presencia, como también en relación a clasificaciones sociales más amplias como la distinción formal-informal y el orden-desorden, incluso en un sentido ontológico.

La abundancia de desechos en Lo Hermida es a la vez reflejo del valor social presente en la población y que se mantiene por medio de la feria, así como también de las profundas desigualdades urbanas presentes en el Chile neoliberal. Las negociaciones que se llevan a cabo sobre el valor de los desechos, la feria y los

cachureos son a su vez disputas sobre las actividades económicas legítimas en la ciudad. Estas negociaciones se llevan a cabo no solamente de manera discursiva, como por ejemplo en las demandas que ciertos vecinos hacen de limitar y controlar la feria, sino que también son disputas sobre la organización de lo sensible. En gran medida la recuperación de desechos y la presencia de los microbasurales en Lo Hermida son parte de la repartición de lo sensible (Rancière, 1996) que define el orden de las cosas, como también de los lugares que cada actor y cosa tiene en el espacio urbano.

Este trabajo también muestra la utilidad de un acercamiento fenomenológico a los desechos y el valor, pues la recuperación de desechos implica sentir y percibir el valor por medio de las cosas. El régimen de valor es también un régimen de lo sensible en el que el sentido intersubjetivo va tomando forma y se transforma. Es interesante notar que Corvellec y Hultman (2014), siguiendo a Frow (1995) y Appadurai (1991), entienden un régimen de valor como formas coherentes y situadas socialmente de establecer el valor. Para Frow un régimen de valor es una institución semiótica que genera “regularidades evaluativas” donde ciertas audiencias empíricas o comunidades pueden estar más o menos imbricadas (p.144). Es interesante notar que Corvellec y Hultman conciben un régimen de valor como una forma de presupuestos culturales sobre el valor, tomando en cuenta que para Appadurai el régimen de valor responde al gobierno del intercambio y no al valor como tal, que es puramente subjetivo y emerge en el intercambio. Además, Appadurai dice que el régimen de valor no implica “una comunión cultural de las presuposiciones” (p.30) y que da cuenta más bien de la “constante trascendencia de las fronteras culturales mediante el flujo de mercancías” (p.31). Las negociaciones del valor que se exponen a lo largo del texto sostienen, al contrario, que es necesario un cierto nivel de entendimiento intersubjetivo sobre lo que es el valor, aunque este se distribuye desigualmente entre diferentes audiencias. El tipo de valor que prima en cada caso es algo altamente disputado.

En este contexto se hace necesario hablar de horizontes de valor, que, siguiendo las ideas de Samson (2015), es el contexto social, espacial y temporal en el cual los objetos deben situar para ser enmarcados como valiosos. En este concepto el sentido intersubjetivo sobre lo que constituye el valor juega un papel preponderante, pues para que los objetos se tornen valiosos deben estar inscritos en la temporalidad de las relaciones sociales y materiales. Sin embargo, usar el concepto de intencionalidad para entender el valor puede ser tramposo, pues implica un nivel de autoconciencia en la cual el objeto intencional está claramente definido. En el caso del desecho como espacio liminal, el valor, la percepción y la sensibilidad cobran más importancia, incluso al momento de tener que ponderar diferentes relaciones sociales. En este sentido conviene mejor hablar de orientaciones de valor, usando el concepto de Ahmed (2006) en su fenomenología queer, en la cual el sujeto, antes de tener una dirección clara en su conciencia, se siente más bien atraído, afectado por el objeto. Esto nos permite reflexionar sobre la forma en la cual los diferentes actores se orientan constantemente entre diferentes regímenes de valor que involucran distintas consideraciones sobre lo que vale para sus vidas. Como dice Graeber (2001), las políticas del valor, al definir qué es el valor, son también políticas de la vida.

Quisiéramos terminar reflexionando sobre la posibilidad de llevar a cabo políticas urbanas que reconozcan el valor del cachureo y de las diferentes formas de vida urbana. En Lo Hermida la municipalidad no fiscaliza la feria, pues esta es vista ante sus ojos como un espacio informal, marcado por la necesidad y la dependencia, y no por la ganancia. En gran medida esto tiene que ver con que las formas de valor presentes en la feria no son contabilizables. Como dice Goldstein (2016), lo informal se entiende como aquello que elude la medición. Así, al ver los desechos solamente como cosas de las que hay que disponer, uno se cierra a otras posibilidades ontológicas que están presentes. En un ejercicio de prestar atención a las cosas, considerar otras formas de conocer y relacionarnos con los desechos, como la sensorialidad y el afecto en la evaluación del desecho (Alexander y O'Hare, 2020), bien se podrían generar formas de relación con el Estado que permitan una planificación urbana que tome en cuenta las inteligencias urbanas situadas (Jirón et al., 2020), como también las otras formas de vida urbana y lo que es valioso para sus vidas, esto es, los otros valores presentes en la ciudad.

## 6. Referencias bibliográficas

AHMED, Sara (2006). *Queer Phenomenology. Orientations, Objects, Others*. Duke University Press.

ALEXANDER, Catherine y O'HARE, Patrick (2020). Waste and its disguises: technologies of (un)knowing. *Ethnos*, Latest Articles.

APPADURAI, Arjun (ed.). (1991[1986]). 'Introducción: Las mercancías y las políticas del valor', en *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Editorial Grijalbo.

ARAVENA, M. y VERGARA, M. (2022). *Valorando la basura: La distinción formal-informal en el trabajo con desechos* [Tesis de Pregrado, Pontificia Universidad Católica de Chile], Repositorio de tesis.

BOLTANSKI, Luc y THÉVENOT, Laurant (2006). *On Justification: the economies of worth*. Princeton University Press.

CHILE. Ministerio de Desarrollo Social y Familia (MIDEPLAN) (2017). CASEN 2017: Encuesta de caracterización socioeconómica nacional. MIDEPLAN.

CORVELLEC, Hervé y HULTMAN, Johan (2014). Managing the politics of value propositions. *Marketing Theory*, 14(4): 355–375.

DICCIONARIO DE OXFORD EN ESPAÑOL. (s.f.). Cachureo. En Lexico. Recuperado en lunes 13 de diciembre de 2021, de <https://www.lexico.com/es/definicion/cachureo>

DOUGLAS, Mary (1973). *Pureza y peligro, un análisis de contaminación y tabú*. Siglo XXI Editores.

ELYACHAR, Julia (2005). *Markets of Dispossession. NGOs, Economic Development and the State in Cairo*. Durham University Press.

FROW, John (1995). *Cultural Studies and Cultural Value*. Oxford University Press.

GAGO, Verónica (2015). *La razón neoliberal*. Tinta Limón.

- GANDOLFO, Daniela (2013). Formless: A Day at Lima's Office of Formalization. *Cultural Anthropology*, 28(2): 278-98.
- GILLE, Zusan (2007). *From the cult of waste to the trash heap of history*. Indiana University Press.
- GRAEBER, David (2001). *Toward an Anthropological Theory of Value*. Palgrave Macmillan.
- GOLDSTEIN, Daniel (2016). *Owners of the Sidewalk: Security and Survival in the Informal City*. Duke University Press.
- JARAMILLO, Pablo (2020). Mining Leftovers. Making Futures on the Margins of Capitalism. *Cultural Anthropology* 35(1): 48-73.
- JIRÓN MARTÍNEZ, Paola, LANGE VALDÉS, Carlos, y GONZÁLEZ PAVICICH, Consuelo (2020). Cachureando por Santiago. Reconociendo la inteligencia urbana situada. *Revista 180*, 46: 106-117.
- KRELLENBERG, Kerstin, HÖFER, René, y WELZ, Juliane (2011). Dinámicas recientes y relaciones entre las estructuras urbanas y socioeconómicas en Santiago de Chile: el caso de Peñalolén. *Revista de geografía Norte Grande*, (48), 107-131. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022011000100007>
- LYOTARD, Jean François (1973[1949]). *La fenomenología*. EUDEBA.
- MARTÍNEZ, Francisco (2017). Waste is not the end. For an anthropology of care, maintenance and repair. *Social Anthropology*, 25(3): 346-350.
- MENARD, André (2016). Cachureos, reliquias, mercancías, monumentos. Vida y vitalidad de los fetiches en la era de la patrimonialización. Coloquio Regional: Patrimonio, bien de común o bien de mercado. Recuperado de <https://bit.ly/2C2xPLi>.
- MILLAR, Kathleen (2018). *Reclaiming the Discarded. Life and Labor on Rio's Garbage Dump*. Duke University Press.
- O'HARE, Patrick (2020) Creating Waste and Resisting Recovery: Contested Practices and Metaphors in Post-neoliberal Argentina. *Ethnos*, Latest Articles.
- PERELMAN, Mariano (2020). Entre la libertad y el cuidado: Regímenes de valor en tiempos de aislamiento social. *DILEMAS, Reflexões na pandemia 2020*, 1-15.
- PERELMAN, Mariano (2010). El cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. Visibilización, estigma y confianza. *AIBR*, 5(1): 94-125
- PÉREZ, Miguel (2018). "Uno tiene que tener casa donde nació". Ciudadanía y derecho a la ciudad en Santiago. *EURE*, 135 (45): 71-90
- RANCIÈRE, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Nueva Visión.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (s.f.). Cachureo. En *Diccionario de la Real Academia Española*. Recuperado el viernes 25 de marzo de 2022, de <https://dle.rae.es/cachureo>
- SAMSON, Melanie (2015). Accumulation by dispossession and the informal economy - Struggles over knowledge, being and waste at a Soweto garbage dump. *Environment and Planning* 33(5), 813-830.

SCHWEND MORALES, Maeva, URREJOLA RUBIO, Natalia, SAGREDO MAZUELA, Omar y REBOLLEDO HERNÁNDEZ, Daniel (2019). Peñalolén en la memoria. De historia popular y resistencia. Villa Grimaldi. [http://villagrimaldi.cl/wp-content/uploads/2019/07/Folleto\\_Penalolen\\_26.06.pdf](http://villagrimaldi.cl/wp-content/uploads/2019/07/Folleto_Penalolen_26.06.pdf)

THOMPSON, Michael (2017[1979]). *Rubbish Theory. Degradation and Destruction of Value (2nd Ed.)*. Pluto Press.

URQUIZA, Anahí, AMIGO, Catalina, BILLI, Marco, BRANDÃO, Guilherme y MORALES, Bárbara (2018). Metálogo como herramienta de colaboración transdisciplinaria. *Cinta moebio*, 62: 182-198.